

LOS MEJORES RELATOS DE MUERTOS VIVIENTES

ANTOLOGÍA



ZOMBIMAQUIA
COORDINADA POR RUBÉN SERRANO

DOLMEN
EDITORIAL

Índice

A modo de prólogo13
Condemnata Regina de Elena Montagud17
La muerte del hombre blanco de Tony Jiménez	25
Oma Claudine de José Luis Cantos Martínez.	45
El crucero del terror de José Vicente Ortuño.	67
Puta roja de Darío Vilas	85
Las últimas horas de Gervasio López	89
Carne tabú de Fermín Moreno González	97
Tiempo muerto de Sergi Llauger	103
Un testigo invisible de Ramón López	117
Cambio de presa de María Delgado.	125
ZOMBCN de Ignacio Javier Borraz.	133
La venganza de Erika de Lydia Alfaro	149

Es peluznante de Senén Lozano	169
Génesis zombi de Loli González Prada	177
The karate kiz de Nuria C. Botey.	191
Z de Pedro Escudero Zumel	217
Me llamo Marcos y soy de Cádiz de Julián Sancha Vázquez	243
Movimiento de cámara de Rubén Serrano	253
Gizmo-San Feedback de Magnus Dagon	277
Una chica muy especial de Mike Resnick	295

*¿Qué es un zombi?, dices mientras clavo
mi estaca en tu pupila azul.
¿Qué es un zombi? ¿Y tú me lo preguntas?
Zombi... eras tú.*

A modo de prólogo

Después de darle muchas vueltas, creo que la forma correcta de empezar esta presentación es arrancar con una premisa aplastante: los zombis están de moda.

A pesar de su repulsiva apariencia y de sus desagradables costumbres, la figura del zombi se ha convertido hoy en todo un icono que forma ya parte de nuestra cultura popular.

Los zombis están por todas partes: en el cine, en la televisión, en las páginas de los cómics, en las revistas, las novelas de ciencia ficción y fantasía, en Internet, en los videojuegos, los juegos de mesa, la música, el arte... e incluso en las calles de las grandes ciudades, gracias a sus numerosos fans. ¡Si hasta se celebra el Día del Orgullo Zombi!

En definitiva, existe toda una cultura zombi; un fenómeno que prolifera, aunque pocos comprenden.

Si echamos la vista atrás para ver a los primeros zombis que aterrorizaban a nuestros padres y abuelos, descubriremos que se trataba de seres lentos y torpes, casi patéticos, que se esforzaban por encontrar algo que llevarse a la boca y que solo lo lograban gracias a la inusitada torpeza de los vivos, que prácticamente tenían que dejarse rodear por los pobres muertos vivientes para así darles alguna oportunidad. Con eso y todo, a duras penas lograban alimentarse, pues la mayoría de las veces escasamente tocaban a un puñado de vísceras por cabeza.

Sin embargo, el zombi fue evolucionando, dejando atrás la estupidez, la incompetencia y la falta de agilidad propia del *rigor mortis* para desarrollar nuevas habilidades, así como una mayor inteligencia y astucia. De este modo, pronto nos encontramos con nuevas generaciones de muertos mejorados (generalmente debido a radiaciones o a algún retrovirus sintético) que corren que se las pelan, que no se cansan nunca y que ya no matan solo para alimentarse, sino por joder. Esos cabrones se apoderan de ciudades enteras e incluso desatan auténticos apocalipsis a nivel mundial.

Con sus ojos inyectados en sangre y gruñendo de forma aterradoramente, estos engendros persiguen a la gente como verdaderos perros de presa, como lobos cazando en manada. Acosan a sus víctimas y saltan sobre ellas, derribándolas con violencia para convertirlas en su próxima cena.

En muchas películas vemos que sus músculos no solo funcionan perfectamente, sino que su fuerza se ha visto incrementada.

Además, debe de quedarles algo de libido, pues siempre que encuentran a una mujer joven de grandes pechos aprovechan para desgarrar su ropa y dejarla desnuda antes de devorarla (no son tontos, no).

Ante esta situación y por propia supervivencia, las técnicas de los vivos para hacer frente a la nueva amenaza han tenido que adaptarse y superarse a sí mismas. Surge así la *zombimaquia*, la lucha contra los muertos andantes.

Esta antología es, precisamente, una muestra de cómo el ser humano se enfrenta al problema zombi.

Como se verá, en algunos casos la única opción posible es la huida. En otros, las personas se ven desbordadas por la nueva situación y terminan por abandonar la lucha para ser absorbidas por la masa (ya se sabe: si no puedes con tu enemigo, únete a él).

Pero el resto de las veces, el instinto de supervivencia y la propia agresividad humana —mayor, si cabe, que la de los zombis— llevan a la gente a pelear, a combatir contra los devoradores de vida.

En algunos casos, encontramos incluso que los vivos son capaces de ir más allá de la propia autodefensa y no tienen ningún reparo en explotar a los muertos andantes para sacar partido de ellos.

Este volumen es la crónica de todas esas situaciones; es el reflejo de muchos posibles mundos donde los muertos vivientes están presentes y tratan de encontrar su lugar, su espacio, mientras los vivos actúan frente a ellos de diferentes formas. Y al final, casi siempre, los humanos dejan aflorar su verdadero ser, en ocasiones más terrible que el de esos pobres seres putrefactos, haciendo inevitable la pregunta: ¿quién es realmente el monstruo?

Rubén Serrano

Condemnata Regina

Elena Montagud

*Seguirte he con funesto fuego ausente
Y, cuando habré a la muerte fría rendido
Este rebelde cuerpo, a cualquier parte
Do fueres, yo en fantasma iré a espantarte.
Tú pagarás, traidor, mi fiera llama
De día y de noche con pavor eterno,
Y yo lo oiré, que la ligera Fama
Me llevará la nueva al hondo Infierno.*

Virgilio, *La Eneida*

Corre, reina de Cartago, corre.

Te miras la mano, tintada de rojo. ¿No llevabas una espada en ella o era tal vez una daga? Imágenes confusas. Terroríficas pesadillas. Deseos truncados.

Avanza, Elisa de Tiro, avanza.

No mires atrás. Allí están los recuerdos. Atrás dejaste lo que una vez pudo llamarse vida, lo que alguna vez fue sueño.

Contemplas el vestido blanco, que está destrozado. ¿No portabas en la cabeza una corona? El cabello encrespado, los pies descalzos, el alma rota.

No mires atrás. Allá está el infierno. Y en tu desenfrenada huida esquivas cadáveres de aquellos que fueron súbditos. Un nombre en tu cabeza. Ana. ¿Quién es Ana? ¿Deberías acordarte de ella?

Date prisa, fenisa reina, date prisa.

No es momento de pensar, no son tiempos de paz con este infierno en la tierra. Lloras, gimes, clamas, gritas, suplicas a los dioses. En tu camino solo hay muerte y desdicha. Ana. Ana. Ana. ¿Quién es Ana? Ni siquiera sabes por qué corres, por qué ante tus ojos tan solo desfilan retratos de miseria.

La torre. La torre está muy cerca. Unos pasos más y podrás subir las escaleras, encerrarte en tus aposentos y encontrar la paz. La espada, ¿dónde está la espada que llevabas en tus manos? Recuerdas, ¡oh, cómo recuerdas y cuán magno el dolor que acude a tus entrañas!

Ana, hermana Ana. ¡Desdichada! ¡La muerte fue tan cruel con ella!

Trota, cierva herida, trota.¹

Escuchas los horrendos gemidos a tu espalda. ¡Así de cerca se encuentra, que puedes notar en la garganta el nauseabundo olor que desprende! Lloras, gimes, clamas, gritas, ¿para qué suplicar a los dioses? Aquí no hay ningún *deus ex machina* que pueda salvarte. Estáis solo tú y el monstruo que te acecha.

No mires atrás. No mires. No desees contemplar de nuevo su horrendo rostro, su cuerpo demacrado, su carne colgando. Es un muerto en vida. Una maldición andante. No mires atrás, por tu bien, Dido, no mires.

Miras, Dido insensata, miras.

Y el terror inunda tus pupilas. Tropiezas con el escalón que pudo ser el que marcase la diferencia. Caes al suelo. La sangre sale despedida de tus labios. Tus dientes se quiebran. Él está tan cerca, una sombra errante. Sacas fuerzas de donde

1 En *La Eneida* Virgilio se refiere a Dido —dolorosamente enamorada de Eneas, que la acaba de abandonar— como a una cierva herida por una flecha.

no las hay, así es la naturaleza humana, que a bien tiene comprendernos, y te levantas. Tu pelo se enreda entre sus dedos muertos. Te arranca un mechón. Se lo llevará de recuerdo al Averno, pero no a ti, no a ti, porque eres la inmortal Dido. Subes la escalera. Los truenos estallan a lo lejos. El griterío de tus vasallos te alcanza. Desearías salvarlos a todos, pero no puedes, nadie puede cambiar su destino. Ellos deben morir para que tú vivas.

Subes y la bestia sube contigo.

La reina no alcanza a entender lo que está escuchando. El destino no puede ser tan nefasto de nuevo con ella. Él la mira dulcemente, aunque bien sabe que en cualquier momento los gritos inundarán el aposento. Y de esta forma, la fenicia se mesa los cabellos y grita:

—¡Traidor! ¿Ni siquiera el gran amor que me tienes y la mano que me entregaste junto con tu palabra ni el fin que tendrá la desventurada Dido cambiarán tu parecer? ¿Marchar a Troya, dices? Sepas, ruin, que el pueblo libio me ha aborrecido y los reyes nómadas me odian. He ofendido por ti a mis tirios y he perdido la honra, el honor y la fama.

Eneas se queda quieto ante la súbita explosión de su reina. Las manos le sudan, baja los ojos, mas el propósito de Júpiter prende fuego a su corazón y contesta así a la infeliz:

—Reina mía, un humilde servidor no puede negar todos los bienes que me has dado. No hace falta que los recuerdes, que yo sé muy bien lo que te debo y sabes perfectamente que jamás te olvidaré mientras el cuerpo acompañe al alma y aguante mi espíritu. Jamás pensé en traicionarte, pero tampoco quise someterme al matrimonio ni compartir una vida y entre nosotros no hubo semejante pacto. Si los dioses no controlaran nuestras vidas y dispusiéramos de libre albedrío, yo estaría ahora en mi Troya. El Destino me empuja a Italia.

La reina, frunciendo el ceño, moviendo los ojos aquí y allí y observándolo de arriba abajo, le contesta ardiendo de ira:

—¡No es posible, malvado, que me hayas mentido de aquesta manera. ¿Qué puedo esperar ya? ¿Qué maldad me aguarda? Esta deslealtad ni siquiera la permiten los dioses. No existe verdad en lugar alguno, solo traición y doblez. Neptuno te trajo a mí y te di parte de mi reino como una tonta. Reparé tu flota que estaba perdida, rescaté a los tuyos de la muerte. No puedo comprender que los dioses te demanden ahora, así que no diré nada más. ¡Márchate, ve a tu Italia! Solo espero que el mar y sus rocas me venguen. Que en ellas encuentres el naufragio y allí entonces gritarás mi nombre y no podrás verme. Sí, allí llamarás a la odiada Dido. No tengas cuidado, que cuando la muerte sorprenda a este cuerpo, aún iré de fantasma a aterrarte.

»Yo te lo juro, maldito traidor, que pagarás por esto, aunque tenga que acabar en el Infierno.

Y así maldice la fenicia a su amado. Un rayo atraviesa el cielo. Eneas se gira compungido y asustado. Observa el firmamento. La luna y las estrellas han desaparecido; un mal presagio. Sin decir una palabra más, la reina sale del aposento con desmesurado llanto, dejando a Eneas dudoso, preso de un atroz miedo. Tan solo espera que la maldición no se cumpla.

Rehúye Dido a la gente que por allí pasea. Ni siquiera la imagen de la bella fuente del patio calma sus anhelos y el fuego encendido en su corazón. Tiene el cuerpo medio desmayado cuando la reciben sus criadas; estas la llevan a su cámara en brazos hasta reclinarla en su estrado. Mas se levanta cual centella y corre hacia la ventana. ¡Triste Dido, qué dolor siente al observar a través de los cristales la figura de su amado recorrida en el horizonte!

Ella cree que el amor es tan fuerte que puede vencer al destino, así que manda llamar a su hermana y ruega a esta que lleve a Eneas un triste recado y su amargo llanto. En vana esperanza ella se remueve, pues vuelve la hermana con la negativa de Eneas.

A partir de entonces, la infeliz Dido aborrece el día, maldice a la noche y tan solo desea la muerte, abandonar presto la detestable vida. La mañana en la que va a brindar dones a los dioses descubre que el agua consagrada se oscurece y que el vino se transforma súbitamente en sangre negra. ¿Qué puede significar aquello? Es un mal presagio, algo no marcha bien. Ni siquiera le cuenta lo sucedido a su hermana.

Al visitar el templo dedicado a su antiguo marido, escucha horripilantes voces que la llaman. Todas son de él. Se estremece y se marcha corriendo de aquel lugar maldito. Muchas veces se da cuenta de que un búho la observa posado en los altos capiteles, ululando con amargo tono.

Las profecías la espantan; los oráculos y sacerdotes la avisan de hechos horribles. «Tan solo muerte, Dido, tan solo podredumbre». En las oscuras noches, sufre amargas pesadillas en las que regresa Eneas. Nunca se muestra su rostro, mas sabe que es él. Y la persigue. Continuamente sueña que recorre sola largos pasillos, pasadizos manchados de sangre, Cartago llena de miseria.

Vencida por el mortal dolor, decide entregarse a la muerte. ¿Cómo hacerlo para que nadie se dé cuenta? Así se revuelve urdiendo planes secretos. Se muestra ante todos con rostro alegre, dedica sonrisas a su querida hermana. Recuerda que en su cámara todavía guarda la espada del amante traidor y resuelve que ha de ser ella la que le otorgue la muerte. Encuentra la hoja bajo el lecho. La acaricia y al olfatearla se da cuenta de que aún guarda el olor de su amado. Descubre que se ha quedado abstraída cuando un griterío llega hasta sus oídos. Se asoma a la ventana y observa que los guardas corren prestos a las puertas de entrada, armas en mano. Entonces vienen a su mente todos aquellos malos presagios, todo lo que se ha profetizado.

Un doloroso pinchazo en el corazón le hace ponerse en marcha. Baja las escaleras furiosamente, en el camino pierde los zapatos. Espada en mano siente que debe vencer lo que venga. Al llegar abajo busca a su hermana con la mirada mas no la

encuentra. La llama a gritos. Varios criados corren de un lado a otro, llenos de sangre, deshechos en lágrimas. «¿Qué sucede, qué sucede?», grita a unos y a otros. Nadie contesta. Nadie la ve. Algunos caen desmayados al suelo. ¿Quién se está rebelando contra el reino de Cartago?

Entonces los ve. ¡Malditos troyanos! Han regresado. ¿Tal vez quieren robarle su reino, el que ella ha forjado con sus propias manos? La espada le pesa ahora más que antes. Ve que uno de los troyanos se acerca a un cartaginés y le muerde en el brazo. Este aúlla de dolor y Dido se echa a temblar como una hoja. ¿Qué clase de demonios son estos que se dejan llevar por el canibalismo? ¿Así le pagan lo que hizo por ellos?

Envuelta en furia, echa a correr. Busca a Ana. Busca a Eneas.

En su camino se encuentra con decenas de cadáveres, todos ellos mutilados. O más bien, devorados. No puede dejar de temblar. Allá a lo lejos uno de los compañeros de Eneas está arrodillado, comiéndose a alguien. Dido ruega a los dioses que no sea su hermana. Mientras atraviesa esta locura, este Averno en tierra, recuerda aquellos funestos sueños, aquellas reveladoras pesadillas. Y si... la maldición... ¿Contra ella...? Las palabras se agolpan en su mente y no puede pensar con claridad.

—¡Hermana!

Dido se gira hacia la voz y se topa con Ana. Ambas hermanas se abrazan entre sollozos. Ana es tan frágil, tan inocente. No debería estar contemplando todo esto

—Es una mala noche para Cartago, querida hermana —le dice Dido—, y tal vez sea yo la culpable.

—¿Qué estás diciendo, mi reina? ¡No tienes tú la culpa de nada! Los dioses son caprichosos en sus designios.

—¡Ana! ¡Mira a tu alrededor! ¡Hombres que comen hombres! Jamás semejante atrocidad mis ojos habían visto. Yo lancé una maldición a Eneas y ella se torna contra mí.

Ana niega con la cabeza, los ojos anegados en lágrimas. Estrecha a Dido con fuerza. La coge de la mano, dispuesta a marcharse de allí, mas algo no la deja. Un horripilante aullido sale

de su garganta. Dido abre los ojos de par en par y se encuentra con él. Maldito. Está maldito. No puede ser. Su rostro. Su bello rostro. Sus ojos negros, ¿dónde quedaron?

Suelta a Ana y esta cae al suelo. En su cuello hay una herida, un mordisco. La reina se arrodilla ante ella, profiriendo un angustioso grito. Suplicando clemencia a los dioses. No la escuchan; deben haberse vuelto sordos. Zarandea a su hermana. No puede morir, no ahora. Te necesito, Ana. No te vayas, no me dejes, no en este infierno. Se mira las manos manchadas de sangre. Manchadas de culpa.

No tiene tiempo para pensar; algo la arroja contra el suelo. El aliento nauseabundo de Eneas invade sus fosas nasales. Un muerto en vida, eso es lo que es. Ha regresado del infierno para llevársela consigo. Sus dientes podridos intentan morderla. Ella alcanza la espada tirada a su lado y se la clava en el estómago con una exclamación de júbilo. Eneas cae a su lado. La fenicia se levanta y lo observa. Un sentimiento de pena mezclado con una sensación de repugnancia la sacude. Se echa a llorar. ¡Desdichada Dido, ahora también maldita! ¡Carga a sus espaldas la muerte de su hermana, la de su amado y la de todo el pueblo fenicio!

Una mano helada se posa en su hombro mientras se deshace en llanto. Una mano muerta. Al girarse descubre a Eneas, clavada la espada en el estómago, ¡y todavía se levanta! ¿Qué clase de oscura maldición le ha enviado?

Se mira las manos. Rojo. Todo es rojo. Y podrido. Todo es negro y rojo en su mente. En un estado cercano al de Eneas —el de la muerte en vida—, la reina echa a correr. Tal vez solo esté siendo una marioneta de los dioses.

Subes y la bestia sube contigo.

Reina inmortal, la escalera antes no parecía tan infinita. Los músculos están a punto de explotar; la respiración va abandonando tu cuerpo y un dulce sueño se adueña de tu ser. Eneas lanza gruñidos a tu espalda, varias veces roza la tela del vestido que una vez fue immaculado.

La tormenta se cierne sobre el reino de Cartago. La muerte está tan cerca y la paz tan lejos. Abres con ímpetu las puertas de tu cámara, buscas en derredor alguna cosa con la que matar a ese monstruo.

*¿Otra vez? ¿Acaso no está ya muerto y sin embargo se ha levantado?
¡Busca, mujer traicionada, busca!*

No hay nada con lo que vencer a la muerte; nadie puede escapar de su castigo. Te giras y ahí está. Te parece como si estuviera sonriendo con sus labios muertos, rezumantes de pus, nido de gusanos. Se relame con una lengua negra como la pez. Extiende sus manos; los dedos como garras, retorcidos y sin uñas. Y lo peor es la espada que lleva ensartada en el estómago, esa espada que se bambolea con cada paso que da.

Te acercas a la ventana. Volar sería la mejor opción, pero no eres Ícaro. Y qué más da, si después de todo ibas a entregarte a la muerte hace tan solo un rato.

—Tú... mi... reina... Yo... Eneas... hambre...

Estás condenada. Ya no eres la reina de Cartago, eres ahora la reina de los muertos, y como tal debes cumplir.

—Eneas, ¡mi amor! ¡Lo siento tanto!

Dejas que el héroe maldito te envuelva en su abrazo mortal. Sus dientes hacen pedazos tu carne. Te arranca de cuajo un brazo. Se da un festín con tus labios. Y después, la oscuridad.

Flotas, reina de la condenada Cartago, flotas.

Y en tu tormento comienza tu historia.

La muerte del hombre blanco

Tony Jiménez

1850

La suave brisa de la tarde, que llevaba la muerte de un lado a otro del asentamiento cheyenne, atravesaba los agujeros de bala con total libertad como una clara muestra de que la destrucción se había hecho con un lugar que, una hora antes, había rezumado vida.

Los trozos de búfalo que no se habían acabado de cocinar en las hogueras eran observados por los ojos muertos de quienes tenían que haberlos devorado; el olor a sangre de dichos cadáveres comenzaba a invadir lo que quedaba del asentamiento, aniquilando la refrescante fragancia de las verdes praderas.

Algunos de los soldados que iban a pie buscaban entre los restos de los asesinados objetos de valor; desde collares, hasta pepitas de oro que habían encontrado por casualidad en ríos cercanos. Unos pocos, tan solo unos pocos soldados, rezaban a Dios por las almas de las personas que acababan de matar haciendo su trabajo, siguiendo las órdenes de su capitán.

—Mira esto, Smithee. —Un soldado con espesa barba rubia se agachó ante el cadáver de un cheyenne al que le faltaba media cabeza—. ¡Es lo que pasa por pensar tanto! ¡Je, je, je!

—Es lo que pasa cuando te metes con el gobierno.

Smithee, de amplias ojeras y sonrisa lasciva, se guardó un bello collar hecho a mano tras arrancarlo del cuello de una

cheyenne muerta; apenas sí prestó atención a su frío cuerpo lleno de agujeros.

—Tened un poco de respeto.

Los dos militares se volvieron ante la voz serena e incorruptible del brigada James Wayne.

—Hemos perdido hombres. ¿Habrían tenido respeto por ellos si hubiesen ganado? —replicó Smithee—. Habrían cortado sus cabelleras y colocado sus cabezas en estacas.

—No voy a discutir contigo, soldado Smithee.

Wayne sonrió al captar el enfado del hombre al recordarle su rango.

El brigada volvió la cabeza y vio a varios de los soldados desnudando a algunas cheyennes. Se rieron de sus cuerpos desnudos y llenos de sangre, realizando movimientos lascivos que repugnaron a Wayne, quien intentó no pensar en qué harían con aquellos cuerpos hombres que llevaban meses sin acercarse a una mujer.

—Nadie se merece esto —susurró Wayne.

—¿Ocurre algo? —La profunda voz del capitán Hollister puso firmes a los dos soldados al instante.

—El brigada Wayne nos estaba dando una de sus charlas, capitán —informó Smithee.

Hollister miró a Wayne como si fuese una serpiente. Un escalofrío recorrió el espinazo del brigada quien, aunque no se sentía intimidado por la corpulencia de su superior, sí que se sentía levemente amenazado por todo lo que contaban sobre él, sumado a lo que había visto.

—No se lo toméis en cuenta. —Hollister sonrió y el alma de Wayne se estremeció—. El brigada aún se está acostumbrando a cómo hacemos las cosas en esta compañía.

—¿Habla usted de asesinar, robar y violar a inocentes? —escupió Wayne.

—¿Inocentes? ¿Quiénes? Estos salvajes atacaron hace unos días a otra compañía.

—No sabemos de verdad si fueron ellos.

—Hemos encontrado armas. ¿Para qué las iban a necesitar si no fueron ellos? —Una carcajada seca salió de la garganta de Hollister—. Además, estaban ocupando el espacio que pertenece a nuestro país y no aceptaron el acuerdo que les ofrecieron.

—Algo han hecho, es lo que usted me está diciendo.

—Me alegra que esté de acuerdo conmigo, Wayne. —Hollister alzó un dedo—. Hemos dejado vivos a los niños y... ¿a un anciano?

Hollister y Wayne espolearon a sus caballos, llegando al lugar donde varios soldados de la compañía rodeaban a un anciano cheyenne con sus armas.

—Un superviviente. —Hollister se bajó de su montura y se enfrentó al viejo—. ¿Cómo has sobrevivido, salvaje?

El cheyenne no habló. Su pelo largo, blanco y cubierto con plumas propias de su orgulloso pueblo, dejaba entrever una edad muy avanzada que ya se encargaban de subrayar las arrugas de su pétreo rostro.

—¡Contesta! —ordenó el capitán—. Di al brigada Wayne que fuisteis vosotros los que atacasteis a la otra compañía o degollaré a los niños uno a uno.

El anciano siguió callado mientras, tras él, los pequeños cheyennes estaban extrañamente en silencio; como si ya fuesen hombres que supieran no llorar la muerte de sus seres queridos.

—Salvaje sin educación... —Hollister giró la cabeza hacia sus hombres—. ¡A lo mejor es mudo!

Todos rieron, momento en el que el cheyenne aprovechó para sacar un pequeño cuchillo. A una velocidad impropia de alguien de su edad, agarró una mano del capitán y le produjo un corte cuya sangre se encargó de recoger con sus dedos.

Hollister, sin emitir un sonido de dolor, empujó al viejo, haciéndolo caer al suelo manchado con la sangre de su gente. Los soldados se dispusieron a acribillarle, pero el capitán alzó una mano y los detuvo.

—Tu sangre correrá por mis venas para siempre —anunció el anciano en el idioma de sus enemigos, lamiendo el fluido vital

de Hollister de sus dedos—. Cuando yo muera, esta tierra beberá mi sangre y los muertos se nutrirán de la tuya. Tienes la maldición de mi pueblo encima, hombre blanco.

Un siniestro silencio se levantó entre los asistentes, hasta ser roto por la risa cruel de los soldados.

—¡Es para lo único que sirven! ¡Para hacer reír! —se burló el capitán, mirando a Wayne—. ¡Perdonadle la vida y dejadlo aquí! Es mi regalo para el señor James Wayne.

El capitán Steven Hollister se alejó. Wayne, por su parte, se quedó para comprobar que nadie hacía daño a los niños.

En ningún momento dejó de observar al anciano, quien tampoco despegó sus ojos de él.

Diez años después.

El sol de la tarde lanzaba con fuerza sus rayos sobre el pueblo de Ludbock. Como la mayoría de pueblos de sus características, estaba compuesto por una calle principal con pequeños edificios custodiándola y las casas diseminadas por los alrededores, ocupadas por los vecinos menos dados a convivir estrechamente con sus semejantes.

Clint Hollister leía ensimismado uno de sus pequeños libros en los escalones de la comisaría del pueblo. Su aspecto impoluto, los anteojos que se veía obligado a usar y que estuviese más interesado en la lectura que en empuñar un arma, lo convertían en la atracción principal para sus vecinos, aunque se habían acabado acostumbrando a él.

Los ojos del joven Clint se fueron derechos hacia la puerta de la casa de citas, la cual acababa de abrir la pelirroja Mary Haggins para adecentar un poco la entrada al lugar; no era un sitio que se frecuentase demasiado de día, así que debían prepararlo todo para la noche.

—Es una ramera, Clint.

El sheriff golpeó la cabeza de Clint, consiguiendo que este le prestase atención. El joven Hollister levantó los ojos y observó a su hermano mayor, el antiguo capitán Steven Hollister.

Los años no habían pasado de largo para él, convirtiendo su melena negra en una larga mata de pelo gris que empezaba a escasear; su corpulencia seguía allí, pero acompañada por una barriga que amenazaba con explotar cada vez que comía de forma copiosa. Su crueldad había aumentado del mismo modo en que se le caía el pelo; no trataba mal a los habitantes de Ludbock, pero su manera de impartir justicia se hacía notar, sobre todo si alguien buscaba problemas. No le caía bien a nadie, pero todo el mundo se sentía a salvo con él cerca.

—Lo más cerca que vas a estar de su falda será si pagas por ella —rió el sheriff.

—No tengo esas intenciones —replicó Clint.

—¿Y qué intenciones tienes? No te gustan las armas, no quieres montar a caballo, no te apetece pelear... Si no fuese por lo que tienes entre las piernas, te usaría en la casa de citas de Adelle. ¡Ja, ja, ja!

Clint Hollister hizo caso omiso a las burlas de su hermano. Ya estaba acostumbrado a ellas y se habían intensificado desde que habían ido a vivir juntos a Ludbock.

—¿Y esto qué es? ¿Otra tontería de las que lees? —El sheriff cogió el libro de Clint—. ¿Momias? ¿Vaqueros contra momias? Chico, te dije que dejases estas boberías.

—Algún día seré un gran escritor como...

—¡No quiero volver a oírlo! ¡Hace dos años te propuse que fueses mi ayudante y te negaste! —rugió Hollister—. Tuve que contratar al imbécil de Granado, que no le daría a una vaca aunque estuviese compartiendo cama con ella.

—Ya me gano la vida con el viejo Thomas en su granja. No me interesan las palizas a borrachos inocentes. —Clint se refería al hombre que la noche anterior había detenido su hermano—. ¿Era necesario dejarle inconsciente?

—¡Oh, sí! Muy necesario. —La típica sonrisa siniestra de Steven apareció en sus labios—. Somos viejos conocidos. Avísame si se despierta, ¿vale? Estaré con Custer en la barbería; esta noche quiero estar presentable para las chicas de Adelle.

Clint Hollister tomó su libro de nuevo y siguió leyéndolo, abstraéndose totalmente de la realidad que lo rodeaba.

Lejos de allí, pasados valles, llanuras y bosques, Ala de Águila observaba el cielo azul que se extendía por toda la reserva india en la que vivía y aun más allá. No saludó al médico que había certificado la muerte de su abuelo hacía tan solo unos segundos; incluso cuando el hombre blanco experto en medicinas de blancos se hubo ido, Ala de Águila siguió en la misma posición.

La bella Hermosa Voz se acercó sutilmente por detrás, dispuesta a abrazar a su amado esposo; sin embargo, al ver su quieto rostro no manchado por lágrimas, decidió situarse justo a su lado.

—Esposo, deberíamos organizarlo todo —aconsejó Hermosa Voz.

—¿Recuerdas cómo vivíamos de pequeños? Ahora solo tenemos un trozo a lo que llamar hogar y dado por otros hombres. El hombre blanco viene, te quita lo que es tuyo, te da las migajas de su mesa y luego tienes que agradecerse lo.

—No es momento de hablar de eso.

—Mi abuelo ha muerto por culpa del hombre blanco —replicó—. Él cuidó de nosotros, nos convirtió en hombres y mujeres dignos de nuestro pueblo. Ha muerto en unas tierras que no le vieron nacer y eso me duele más que recordar la muerte de mi padre por mano del hombre blanco.

—El médico dijo que no pudo hacer nada por tu abuelo.

—¿Sabes qué me dijo antes de salir del tipi? Me dijo que lo llevase donde nació, que tenía algo que hacer. Sabes a lo que se refería, querida esposa.

—Tu abuelo ha muerto y tú debes ocupar su lugar, esposo. Hacer lo que llevaba tantas lunas contándonos no le va a devolver la vida.

—Tengo preparado ya todo para el viaje. Si salgo ahora, llegaré esta noche y volveré dentro de dos lunas habiendo restau-
rado la deuda con nuestro pueblo.

—No vas a resolver nada, esposo. Lo único que vas a conseguir es hacer más daño del que ya está hecho. Quédate aquí, conmigo, junto al fuego. Mandemos a tu abuelo, a nuestro padre, con nuestros ancestros y vivamos en paz, por favor.

—No voy a discutir más contigo, mujer. Prepara el cuerpo de mi abuelo y marcharé enseguida.

Hermosa Voz asintió, comprendiendo que no podía hacer más; mientras desandaba sus pasos hacia el tipi, unas amargas lágrimas salieron de sus ojos hasta llegar a sus labios: lloraba por las muertes que estaban por venir.

Adelle, dueña de la casa de citas del pueblo, era una de esas personas de Ludbock que esperaba con ganas la llegada de la oscuridad. La noche significaba dinero para ella, igual que para sus chicas y para Pete Garrett, dueño del *saloon* que había frente a su local.

Cuando el alcohol había hecho mella en la mayoría de los visitantes del *saloon* de Pete y la mitad de las chicas de Adelle ya habían cobrado sus servicios, el sheriff Hollister salió de la casa de citas, colocándose bien la ropa, feliz por el gran servicio gratuito que le habían ofrecido las chicas. No podía pensar si contarle de una vez a su hermano que ya había probado a la chica por la que suspiraba, ya que sus pensamientos no dejaban de nadar en un estanque donde el tiburón era el borracho al que se había referido Clint.

Tomó un trago de whisky de la botella que llevaba encima, aguantó el golpe que le sacudió la bebida en el estómago, y anduvo hacia la comisaría, en la que entró en apenas unos segundos. Tras pasar algunas puertas, llegó a la escalera que conducía a un sótano que se había usado antiguamente para esconder bebidas y armas de contrabando por forajidos mejicanos; allí había mandado construir, en cuanto llegó a sheriff, el nuevo calabozo de la comisaría que en ese momento estaba vigilado por Enrique Granado, su ayudante.

—¿Qué tal las chicas, jefe? —saludó Granado, mostrando sus dientes sucios sin ninguna vergüenza.

—Deliciosas. —Hollister intentó observar al preso, escondido en la oscuridad—. ¿Ha dicho algo?

—Absolutamente nada. ¿Puedo ir a ver a Adelle, jefe?

—Ve, yo me ocupo.

Granado rió tontamente, escupió en el suelo de tierra y empezó a subir las escaleras. Hasta que Hollister no oyó la puerta que conducía al sótano, no se acercó a la celda.

—Buenas noches, brigada Wayne. —Su asquerosa sonrisa se volvió más ancha—. Dejémonos de rangos, James.

El encarcelado salió de entre las sombras. La luz de la lámpara mostró el rostro del brigada James Wayne con diez años más, lleno de moratones provocados por la paliza que le habían dado el sheriff y su ayudante, pero prácticamente igual que cuando trabajaba bajo el mando de Hollister, quien vio en sus ojos que Wayne había presenciado mucha muerte, pero que no se había dejado dominar por la oscuridad y el salvajismo de los que él disfrutaba.

—Venías a divertirte y anoche nos divertimos, ¿verdad? ¿O tenías otras intenciones?

—Yo cazo —dijo enigmáticamente Wayne—. Puede que a ti.

—Llegué a este pueblo y lo salvé. Era un objetivo fácil para cuatreros, forajidos, carroña... Hasta que llegué yo. Y aquí estás tú, intentando matar a un honrado sheriff.

—He venido para cazar a nuestros demonios, Hollister. Si es que no te cogen ellos antes, claro. Lo considero una manera de expiar mis pecados y, de paso, comprobar que acabas donde te mereces.

—¿No has ido a por los otros miembros de la compañía? Escuché que un cazarrecompensas mató a Smithee de manera horrible. No pudiste haber sido tú, con lo decente que eres.

Hollister se echó a reír de manera escandalosa, apagó la lámpara y salió del sótano. Sus aborrecibles risotadas persiguieron a Wayne en sueños.

La enorme y blanca luna fue testigo de la llegada de Ala de Águila al antiguo asentamiento cheyenne en el que había nacido, en el que su abuelo había prosperado y en el que su padre había sido asesinado por la compañía del capitán Hollister.

Bajó del caballo, desató el cuerpo de su abuelo envuelto en mantas y empezó a preparar la pira funeraria en la que iba a incinerar a su familiar. Lo hizo totalmente desnudo, mostrando a la noche las pinturas tribales que lucía con orgullo.

Cuando lo tuvo todo preparado, sacó de las alforjas de su caballo la yesca necesaria para poder encender un buen fuego; un par de piedras prendieron las brasas necesarias que se comieron el montón de ramas que había bajo el cuerpo de su abuelo, al que las llamas alcanzaron en cuestión de segundos.

Ala de Águila observó el proceso envuelto en un místico silencio. Ni siquiera se movió un ápice cuando la columna de humo fue elevándose hacia el cielo y la vasta zona en la que se encontraba empezó a llenarse de extraños sonidos que no supo identificar en un principio.

Una fuerte ráfaga de viento apagó la enorme pira. Ala de Águila cayó al suelo de rodillas, debido a la potencia del aire que sacudía la zona y, cuando todo acabó, oyó con claridad los ruidos que le acechaban: algo estaba saliendo de la tierra, rodeándolo.

Empezó a murmurar antiguas oraciones indias, convocando a sus espíritus protectores, mientras intentaba no oír las manos abriendo la tierra, las mandíbulas muertas arrancando trozos de sus malas sepulturas y los cuerpos emergiendo de la fría oscuridad que les había estado cuidando hasta que alguien les hiciera volver.

Ala de Águila cerró los ojos, sintiendo por primera vez en su vida el temor a la muerte y siguió rezando con más fuerza, intentando acallar las voces de los cadáveres que cobraban vida a su alrededor; cuando sus oídos ya no captaron nada y la noche estrellada volvió a la tranquilidad, abrió los ojos.

El cuerpo que había frente a él, justo al lado de los restos de su abuelo, no poseía una pizca de vida, pero allí estaba, de pie, seco y podrido, destilando muerte por cada agujero de insecto que se había estado alimentando de él.

—¿Padre? —logró pronunciar Ala de Águila, el único cheyenne vivo de todos los que tenía frente a sus asustados ojos.

El cadáver viviente asintió y extendió una raquítica mano para que su hijo se pusiera en pie, pues los muertos viajaban rápido y había llegado la hora de la venganza.

Era de noche cuando los muertos llegaron a Ludbock y no dieron cuenta de su presencia hasta que fue demasiado tarde.

El sheriff Hollister se encontraba sentado en la cama de la habitación de la casa de citas que acababa de usar con una de las chicas; mientras la mujer se vestía, él pensaba dónde estaría Granado. La granja del viejo Thomas estaba bastante lejos, pero no lo suficiente como para tardar casi el día entero.

Pensó que era posible que Granado hubiese huido, que se hubiese envuelto en una emboscada o que, simplemente, estuviese muerto, asesinado por algún forajido. En todo caso, le molestaba no saber nada de él, así que se levantó y decidió ir a buscarle al día siguiente.

Un murmullo le llegó desde el balcón que tenía la habitación, que daba a las escaleras de la parte trasera del burdel. Hollister buscó el origen del ruido, pero la noche estrellada le devolvió la mirada sin darle más, así que volvió al interior de la habitación.

—¿Pasa algo? —preguntó la fulana acercándose al balcón.

El sheriff no le hizo caso hasta que, cuando estaba a punto de salir de la habitación, la prostituta comenzó a gritar escandalosamente. Hollister se volvió y vio como la chica había caído en la cama, donde no dejaba de gritar a una figura que estaba en el exterior.

El hombre que estaba fuera entró como una furia en la habitación, destrozándolo todo a su paso. Hollister vio su piel gris,

sus músculos necróticos, los agujeros que tenía en la cara y parte de la mandíbula que tenía al aire, sin apenas carne que la cubriese. Nunca había visto nada igual y jamás había rezado en su miserable vida, pero una tenue oración salió de sus labios cuando la criatura muerta se lanzó a por él.

Hollister sacó su pistola, pero antes de poder usarla, la fulana salió corriendo, empujándole a un lado del pasillo al que daba su habitación. El muerto corrió tras ella, pasando de largo del caído sheriff. Si no hubiese sido imposible, hubiera jurado que había reconocido símbolos indios en el cuerpo del cadáver andante.

—¡Socorro! ¡Ayudadme! —La prostituta pegó con sus puños en una puerta cercana, intentando encontrar refugio donde pudiese.

Las dos primeras puertas en las que lo intentó no se abrieron; cuando llegó a la tercera, pudo ver el interior de la habitación, donde otro ser como el que la perseguía se daba un grotesco festín con lo que quedaba de una de sus compañeras y uno de los vaqueros que había acudido a por sus servicios.

Tras lanzar un gutural aullido de miedo, la mujer se volvió solo para encontrarse con el muerto que la perseguía. Los dientes del ser pidieron sangre, pero su femenina presa forcejeó lo suficiente como para que ambos cayesen hacia el salón del burdel, destrozando la barandilla de madera.

La mujer y el monstruo aterrizaron con un sonoro golpe, ganándose la atención de todos los que allí estaban. La criatura muerta los miró a todos y después mordió el cuello de la chica con un ansia voraz; por suerte para ella, la caída la había matado.

Los gritos comenzaron en cuanto la visión de la sangre caliente les llegó a todos; la mayoría salió corriendo, pero unos pocos reaccionaron como estaban acostumbrados: sacando sus armas y disparando.

Dos revólveres cantaron su melodía de muerte y el muerto viviente fue lanzado hacia atrás por las balas. Los dos hombres

que habían atacado al ser, se acercaron a la mujer, muerta a simple vista; luego, miraron a la criatura, que se levantó para el horror de los dos valientes.

El muerto recibió una nueva tanda de disparos, hasta que las pistolas pidieron ser recargadas. Se lanzó hacia el hombre que tenía más cerca y le mordió en la cara, arrancándole un buen trozo de pómulo y haciendo que la sangre manchase el suelo del burdel.

El otro hombre gritó como una niña y salió corriendo, solo para ser abordado por varios muertos en cuanto salió de la casa de citas de Adelle. En apenas unos segundos, los monstruos despedazaron al hombre apenas sin esfuerzo, devorando sus restos con avidez sobrehumana.

Mientras tanto, en la segunda planta del burdel, el sheriff Hollister se levantaba, confundido y horrorizado por lo que estaba pasando. Únicamente pudo observar el dantesco espectáculo que tenía lugar en la planta baja antes de ser atacado por otra de aquellas criaturas muertas.

Hollister disparó contra el muerto varias veces; dos disparos atravesaron el pecho del ser y otros dos destrozaron uno de sus hombros; sin embargo, bien habría podido atacarle con agua, pues el resultado habría sido el mismo.

Antes de que el monstruo pudiese lanzarse contra él, Hollister atacó, arrojándolo hacia abajo, donde el muerto viviente se destrozó las piernas, pero siguió vivo, aunque no en óptimas condiciones para perseguir al sheriff, quien corrió hacia una de las habitaciones, dispuesto a bajar por las escaleras traseras para irse de aquel infierno.

No sabía que el autentico infierno estaba fuera.

Diez minutos antes de que todo comenzase, James Wayne charlaba en su celda con Clint Hollister quien, durante la ausencia de Granada, se encargaba de vigilar al preso.

—Tienes que dejarme salir de aquí, chico —pidió Wayne por quinta vez.

—Sabes que no puedo hacerlo. —Clint siguió con su libro.

—Y tú sabes que no hay razones para que esté aquí. —Wayne observó el revólver que tenía el chico al lado—. ¿Sabes usar eso al menos?

—La única razón es que mi hermano, el sheriff, me ha dicho que te vigile —replicó Clint—. Me parece más que suficiente.

—Pareces un buen hombre, hijo —confesó Wayne—. Te voy a dar una oportunidad.

—Mi hermano me contó quién eres y lo que hiciste. —Clint dejó lo que estaba leyendo a un lado—. Pertenecías a su compañía y contaste a vuestros superiores todo lo que hizo mi hermano.

—Hice lo correcto, aunque al final yo haya acabado en una celda y Hollister llevando un pueblo entero.

—Ludbock era una presa fácil para forajidos y criminales hasta que llegó mi hermano. Ha hecho mucho por todo el pueblo, aunque al principio lo creía un castigo.

—¿Y qué opinas sobre lo que hizo? —Wayne se tomó a bien el silencio del chico—. Lo suponía. Mira, hijo, Ludbock va a acabar muy mal. Estoy aquí cazando algo que va tras tu hermano y que luego me buscará a mí. Algo que os matará a todos si no me dejas salir de aquí.

Clint fue a responder cuando desde fuera le llegaron sonidos de disparos.

—¿Qué ha sido eso? —El joven Hollister abrió los ojos y cogió su pistola.

—¡Sácame de aquí! ¡Ya ha empezado! —suplicó Wayne.

El chico hizo caso omiso a las palabras del preso, así que subió por las escaleras y acabó saliendo de la comisaría, algo que deseó no haber hecho.

A unos metros de él, Adelle era asaltada por otra de las criaturas, la cual desgarró la blanca piel de la mujer, haciendo que la luna proyectase su brillo sobre la sangre fresca; luego, el ser arrancó de un bocado uno de los ojos de Adelle, tragándose como si fuese un caramelo, mientras la mujer no dejaba de gritar.

Varios disparos llamaron su atención hacia Pete, el dueño del *saloon*, quien intentaba defenderse de un par de monstruos con su escopeta. Los disparos atravesaron a los muertos sin hacerles nada; sin embargo, los dientes de los resucitados sí tuvieron efecto en la garganta de Pete, quien murió tras unos cuantos gorgoteos repugnantes.

Uno de los muertos vivientes atacó al despistado Clint, quien ni siquiera pudo gritar antes de caer con el putrefacto ser encima. Pudo sentir el aliento podrido y muerto de la criatura sobre su rostro, con sus dientes podridos, pero fuertes, intentando alcanzar su rostro y supo que solo tendría una oportunidad.

Agarró con fuerza su revolver y usó la culata para golpear al muerto en la cabeza hasta hundírsela por completo. Justo cuando iba a echar a correr, vio que el ser no se movía ya y que, como en las baratas novelas que leía, todo consistía en destruirles la cabeza para que dejasen atrás su nueva vida.

Cuando se disponía a entrar en la comisaría de nuevo, vio a un par de monstruosidades muertas atacando a la bella Mary Haggins cerca de donde él estaba; desde donde estaba, apuntó bien con la pistola que, según su hermano, no sabía usar y disparó a las cabezas de ambos seres, acabando con ellos de manera definitiva.

—¡Mary! ¡Vamos! —gritó el chico, indicando la comisaría.

La chica le hizo caso y corrió hacia el lugar. Tras ella llegó corriendo el sheriff Hollister, quien fue el último en entrar en la comisaría antes de que Clint cerrase la puerta, dejando a los muertos fuera con la comida que ya tenían.

—Voy a liberar al tal Wayne —decidió Clint, colocando dos balas en el lugar de su revólver en el que faltaban.

—Hermano, ni se te ocurra —advirtió el sheriff.

—Sabe algo sobre todo esto y no podemos dejarle ahí para que muera cuando entren esos seres.

—¿Van a entrar? —sollozó Mary.

—Probablemente. —Clint señaló las ventanas enrejadas de la comisaría—. En cuanto se les acabe la comida ahí fuera.

—¡Aquí mando yo, Clint! —gruñó Hollister—. ¿Lo has olvidado?

—No lo he olvidado. —Clint ladeó la cabeza, señalando a los muertos que se acercaban a la comisaría—. ¡Dispárales a la cabeza!

Los podridos seres comenzaron a golpear la puerta del edificio, las ventanas, y a gruñir pidiendo sangre. Mary se escondió bajo una de las mesas cercanas, mientras Hollister destrozaba una de las ventanas para poder disparar a los muertos.

Por su parte, Clint ya había bajado al sótano, donde Wayne le esperaba con un gesto de preocupación que daba a entender que ya esperaba lo que estaba sucediendo.

—Sabes lo que está pasando —afirmó Clint, ajustándose los anteojos.

—Déjame salir de aquí y os ayudaré.

—Primero cuéntame qué ocurre.

—Son muertos, ¿verdad? —Wayne esperó el asentimiento del chico—. Tu hermano te contó la historia de la compañía... ¿Te habló del anciano cheyenne?

—Sí.

Clint escuchaba a los muertos intentando entrar.

—Cuando nos echaron de la compañía, estuve investigando lo que había pasado con el viejo. Le echó una maldición a tu hermano, un maleficio que se extendía a todos nosotros. Tuve que esforzarme en creerlo, pero los muertos que se hicieron ese día se levantarían de sus tumbas el día que el viejo muriese —Wayne tragó saliva—. Hace una semana descubrí que el anciano estaba en las puertas de la muerte, así que vine aquí para evitar una masacre. Llegué para cazar a esos monstruos.

—¿Por qué? Creía que mi hermano y tú...

—¡No lo hago por tu hermano! Esos muertos vivientes matarán a cualquiera que esté cerca de los de la compañía. Gente inocente incluida. Esta matanza debe acabar esta noche.

Clint lo entendió, así que cogió las llaves de la celda y la abrió. James Wayne salió corriendo hacia la parte de arriba con el chico detrás.

Cuando llegaron, Hollister había matado a varios muertos, cuyos cuerpos podridos se amontonaban junto a la puerta de la comisaría, que estaba a punto de ser abierta por los otros seres.

—¡No deberías haberlo liberado, Clint! —rugió el sheriff, cargando su pistola.

Wayne se dirigió hacia el antiguo capitán, cogió la pistola que le sobraba y empezó a disparar a los muertos.

—No te des tanta importancia; no vengo a por ti. —Wayne echó un veloz vistazo al exterior—. Maldita sea, son demasiados; más de los que creía.

—Los caballos están allí. —Hollister señaló a los animales, apenas a unos dos metros de la comisaría—. Si pudiésemos lograr distraerles...

De repente giró la cabeza y miró a Mary, a quien cogió de un brazo con la velocidad de una serpiente; después, sin hacer caso a los chillidos de la joven ni a los gritos de Clint, abrió la puerta y empujó a la prostituta contra los muertos, que cayeron sobre ella sin contemplaciones.

—¡Vamos! ¡Podemos escapar! —exclamó el sheriff, señalando el camino libre que habían dejado las criaturas.

—Monstruo... —susurró Clint, antes de lanzarse contra su hermano.

Los dos cayeron al suelo con Wayne detrás, forcejeando. Clint fue el primero en levantarse y, sin contemplaciones, disparó a Steven Hollister en el estomago, haciendo que cayese de rodillas con una mirada de estupefacción en su rostro.

Los muertos miraron al mayor de los Hollister como si fuese el mayor bocado que iban a probar nunca y se cebaron con él. El primero que llegó al sheriff le arrancó media mandíbula de un solo movimiento; otro mordió repetidas veces su nuca, provocando chasquidos nauseabundos difíciles de olvidar;

dos más le mordieron las rodillas, provocándole estertores de muerte y dolor.

—¡Vámonos, chicos! —gritó Wayne, reventando la cabeza de un muerto viviente cercano—. ¡Ya no podemos hacer nada por este pueblo!

Clint fue a seguirlo, cuando una de las criaturas le mordió un tobillo; antes de volverse hacia Wayne, de un disparó en la cabeza acabó con el cadáver viviente.

—¡Vete! —ordenó Clint—. ¡Yo les distraeré!

—¡Chico, yo soy el que debe estar en tu lugar!

—¡Tú eres el que debe detener esto! —Clint se puso en pie, a la vez que disparaba a dos muertos más—. ¡Hiciste bien! Intenta que no paguen más inocentes por lo que hizo mi hermano.

James Wayne fue a por el chico, pero salió corriendo hacia la comisaría con las pocas fuerzas que le quedaban, así que antes de que los cadáveres andantes se fijasen en él, se dirigió a los caballos, se montó en uno y salió de Ludbock.

Clint Hollister se internó en la comisaría tras matar a un par más de enemigos. Uno de ellos, mientras intentaba recargar el revólver, se le lanzó encima, arrancándole un buen trozo de hombro hasta dar sus dientes con el hueso.

Tras lanzar un agónico grito de dolor, el joven empujó al ser y le pateó la cabeza hasta convertirla en una masa irreconocible de carne podrida; cuando quiso darse cuenta, los demás monstruos lo seguían, así que decidió bajar al sótano: no tendría salida, pero al menos conseguiría que Wayne escapase.

Mientras bajaba, notaba cómo la sangre se le escapaba del cuerpo por la grave herida infligida; una vez estuvo en el sótano, se metió dentro de la celda, la cerró y se tendió en el suelo, sintiendo como la muerte llegaba poco a poco.

Unos pasos le hicieron prestar atención. A los pocos segundos, una figura apareció frente a sus ojos; no era uno de los muertos, que parecían haber desaparecido o haber perdido el interés en él.

Ala de Águila se acercó a la celda con su característico gesto imperturbable e inmisericorde.

—Lo que ha pasado esta noche ha sido justicia, hombre blanco. Ha sido solo el principio. Tu hermano ha sido el primero, porque él fue quien lo inició todo.

—Todos los demás... —Clint escupió sangre a borbotones; no le quedaba mucho de vida.

—Eran tan culpables como tu hermano. Es una pena que el otro hombre blanco haya escapado, pero será encontrado. Los muertos viajan rápido y saben donde buscar.

—Él os dará caza y acabará con esto... —logró decir Clint—. Pero no sin que antes...

Con las pocas fuerzas que le quedaban, el chico lanzó un sangriento escupitajo a Ala de Águila en toda la cara. El cheyenne se limpió la sangre de la cara, mientras Clint se reía, incomprensiblemente.

—Yo te maldigo, cheyenne. —El chico parecía haber caído en una locura febril—. Yo te lanzo la maldición del hombre blanco.

Un par de risotadas más y Clint Hollister murió frente a un Ala de Águila que no sabía cómo reaccionar ante su amenaza.

Cuando se hubo cerciorado de que ya no quedaban supervivientes en Ludbock, él y los muertos continuaron su camino dispuestos a seguir haciendo justicia.

Tres noches después.

Ala de Águila observaba el firmamento nocturno que se extendía ante sus ojos. Había vuelto con su esposa, pues ya no les hacía falta a los muertos para guiarlos; además, Hollister estaba muerto y era algo que había querido presenciar personalmente.

Wayne no le preocupaba, al menos, no inmediatamente. Podría pasarse la vida cazando a los muertos vivos y él ya no podía hacer nada para remediarlo. O lo conseguía, o moría en el intento, consiguiendo redimirse.

No, lo que más le preocupaba de manera inmediata eran las figuras que se acercaban en la oscuridad; iban a por él y a por su pueblo.

Gracias a la luna pudo ver los cadáveres andantes de Mary, la prostituta pelirroja; pudo ver a Pete, dueño del *saloon* de Ludbock; podía ver a Custer, el barbero y, junto a los demás inocentes, pudo ver a Clint Hollister encabezando el grupo de muertos vivientes.

Sin duda, los muertos viajaban rápido y habían llegado para hacer justicia.



Oma Claudine

José Luis Cantos Martínez

—¿Queda algo de vinagre de los Cuatro Ladrones? —Nadie había oído llegar a la madre Justine, la cocina entera se paralizó.

—No... no lo sé, madre —dije, mientras me secaba las manos en el delantal y me acercaba a ella—. ¿Ocurre algo?

Nunca la había visto tan perturbada. Su rostro pétreo y blancuzco, que tanta autoridad imponía cuando nos despertaba cada mañana o cuando, a la hora de comer, vigilaba que guardáramos silencio, me pareció entonces más vulnerable que nunca.

—¿Queda algo de vinagre o no? —inquirió, recuperando parte de su entereza.

—Me temo que la última botella se gastó el pasado invierno, madre.

—Pues prepare más. De inmediato.

—Pero se necesitan cuatro días para que el ungüento repose y...

—No tenemos cuatro días. Prepárelo y llévelo arriba en cuanto esté listo.

Sin añadir nada más, salió de la cocina. Un mal augurio se atenazó a mis entrañas. El vinagre de los Cuatro Ladrones es un remedio fuerte y el rostro turbio de la madre Justine me hizo presagiar lo peor.

Claudia, Bertha, Marie, las novicias que me ayudaban con los quehaceres de la cocina, susurraron a mis espaldas.

—Niñas, por favor —llamé su atención. Las tres bajaron las cabezas y callaron—. He de salir un momento; creo que no nos queda romero en la despensa.

Me eché una túnica por encima del hábito y salí de la cocina. Oí a las novicias reanudando su chismorreo apenas cerré la puerta. Caminé por el largo pasillo del piso inferior saludando a las hermanas que, en camisón y portando candelabros, atrancaban las ventanas y se preparaban para dormir.

Al llegar al portón principal, tiré de las aldabas y la madera chirrió.

La noche era fría y tormentosa. El viento soplaba en todas las direcciones a ráfagas cortas y violentas. Arriba, más allá de la silueta recortada del bosque que rodea el convento, un cielo oscuro engullía luna y estrellas.

Vi a varias hermanas corriendo hacia el convento, buscando cobijo. La tempestad parecía inminente.

—¿Dónde está Berniece? —pregunté a un par de ellas que avanzaban vapuleadas por el viento con el hábito sacudido.

Intentaron gritarme algo por encima del silbido agudo del vendaval, al tiempo que señalaban ávidamente hacia el almacén.

Corrí hacia el silo, una caseta de piedra y madera que se alzaba al margen del convento. Cuando llegué, la hermana Berniece echaba el cerrojo a la puerta. Al posar mi mano sobre su hombro, dio un respingo.

Tuvimos que aunar nuestras fuerzas contra el viento para cerrar la puerta.

La hermana Berniece, ataviada también con una túnica, se echó hacia atrás la capucha y me escudriñó, inquisitiva. Chasqueó una yesca y encendió los cirios de sebo que pendían de las de las paredes y sus halos anaranjados crecieron hasta hacerse con el diminuto almacén. Nuestras sombras titilantes se proyectaron en todos los rincones.

—¿Vinagre de los Cuatro Ladrones? —preguntó mientras rebuscaba entre los sacos de grano y los tarros de especias de las estanterías—. ¿En esta época? Es muy raro... Aquí tienes.

—¿Sabe de alguien que haya enfermado en los últimos días, hermana? —inquirí preocupada, tomando el tarro lleno de romero.

La hermana Berenice negó con la cabeza. Tras un breve silencio, me dedicó una mirada verde y astuta, y añadió:

—Desde que regresara de su viaje, hace unos días, nadie ha visto a nuestra prelada. Y las dos sabemos que no te encomendarían que preparases ese mejunje con tanta urgencia si no se tratase de alguien importante.

Me persigné rápidamente y rogué a Dios que perdonara aquellas palabras; el recato no era una de las virtudes de la hermana Berniece y eso le había costado más de un conflicto con la abadesa y la madre Justine.

—Por favor, no insinuéis esas cosas.

—No insinúo nada.

Volvió a cubrir su rostro con la capucha, yo hice lo propio y ambas salimos del almacén.

Mientras caminábamos de vuelta al convento, advertí en su fachada roma y rectangular que el bullicio que precedía al descanso, comenzaba a amainar. En el segundo piso —donde se repartían las habitaciones de las madres—, observé luz en una de las ventanas y, tras ella, aguardaba la figura expectante de la madre Justine.

No tuve el vinagre listo hasta bien entrada la madrugada. En vez de su consistencia pastosa —al no dejarlo reposar entre cenizas, como debía hacerse— obtuve un vinagre completamente líquido. Lo distribuí en varios tarros de cristal y los subí en un cesto de mimbre al piso superior, tal como la madre Justine me había ordenado. Con un candelabro en una mano y el cesto en la otra, ascendí las escaleras de puntillas. En el silencio mesado por el gemido de la tormenta, el crujido de mis pasos sobre la madera se amplió. Novicias y hermanas, en piso inferior, dormían ya. El ajeteo de horas anteriores había culminado en una calma expectante que erizaba el bello en mis brazos.

Alcancé el pasillo que recorría la planta superior. Este permanecía en silenciosa penumbra, con una luz suave brillando al fondo: la habitación de la madre Justine, pensé. Recorrí el pasillo lo más rápido y sigilosamente que me permitió el hábito. No pude sofocar el grito cuando descubrí a la madre Greta, sentada en una silla, susurrando una oración con un siseo continuo. La tormenta relampagueó contra una ventana y los ojos blancos, lechosos y ciegos de la madre Greta se iluminaron durante un segundo espeluznante.

—Hermana Letha —dijo con su voz trémula, torciendo levemente su rostro anguloso al oírme llegar. Yo, mano en pecho, me recuperaba del sobresalto—, pase, le están esperando.

Creo que mi pequeña reverencia quedó oculta por el escalofrío que me recorrió de pies a cabeza.

Cuando crucé la puerta vi a todas las madres consagradas... Justine, Carmella, Ethel, Ángela, Velva... Estatuas negras y silenciosas en torno a un gran lecho.

Entonces caí en la cuenta; el armario de roble de la esquina, el grueso crucifijo en la pared de la derecha, junto al cuadro austero de la madre fundadora... Aquel era el dormitorio de la abadesa. Nuestra prelada, Oma Claudine.

Me persigné.

—Ave María Purísima —susurré.

La madre Ángela y la madre Velva se giraron al instante, pero fue como si no me vieran. Advertí los rosarios en sus manos blancas. Los labios articulaban una plegaria muda y coordinada.

Todas oraban.

Por los resquicios que dejaban entre sus hábitos, pude ver el cuerpo pequeño de la abadesa Claudine, pero no su rostro.

—Letha —me llamó la madre Justine, que permanecía arrodillada junto al camastro.

—¿Qué... qué le ocurre a la madre superiora?

—Está muy enferma. Precisa de su buen hacer, hermana.

—Pero... si hace apenas dos días parecía sana y...

Se incorporó y, haciéndose a un lado, me invitó a acercarme. Arrastré el cesto hasta el camastro y abrí uno de los tarros de cristal; un aroma penetrante y acre llenó la estancia.

Ninguna de las madres se sorprendió cuando, al mirar el rostro de nuestra Oma Claudine, el recipiente resbaló entre mis dedos y acuchilló el silencio ventoso al reventar contra el suelo.

—Dios bendito... —balbuceé, mas nadie hizo ademán de tachar la blasfemia.

Me gustaría decir que desperté a la mañana siguiente, pero lo cierto es que pasé la noche en vela, orando. La faz de Oma Claudine se astilló en lo más hondo de mi pensamiento. Imposible arrancarla. Aquel rostro... deshecho, como si alguna alimaña invisible estuviera royéndole la piel con mordiscos diminutos, como... si la muerte... Agarré fuerte el rosario hasta que sentí las cuentas clavándose en mis palmas y, con el albor ya despuntando en mi ventana, atropellé otra oración.

Se me había ordenado mantener la precaria condición de nuestra prelada en el más absoluto secreto, por lo menos, había especificado la madre Justine, hasta que identificáramos la naturaleza de tan horrible dolencia. También se me mandó regresar periódicamente al cuarto de Oma Claudine para continuar con mis cuidados. Solo con recordar —y que Dios me perdone— mis dedos untando el líquido oscuro sobre aquella piel reblandecida y caliente, llena de laceraciones que se abrían a cada segundo, sentía subir por mi pecho una náusea amarga. Yo no sé nada de medicina, apenas un par de recetas que mi abuela me había enseñado antes de que ingresara en el convento. Nunca había visto algo como aquello.

Alguien llamó a mi puerta.

—Adelante —invité, poniéndome en pie. Las rodillas me crujieron tras toda una noche de oración y ruego.

La madre Justine abrió mi puerta.

—Buenos días, hermana.

No dijo nada más, su rostro contrito y sus ojos oscuros hablaron por sí solos. Parecía entera de nuevo. Desapareció del marco de mi puerta y llamó la habitación contigua.

Como si nada hubiera ocurrido, comenzaba un nuevo día.

Las horas de coro, oración y misa me resultaron anodinas, casi surrealistas. Comencé a resentirme de la vigilia de la noche anterior y hubo momentos en los que un ardor correteaba por mis párpados y creía haberlo soñado todo y estar, en realidad, apunto de despertar.

Toda la comunidad —apenas una treintena de almas entre novicias, hermanas y madres consagradas— se reunió en nuestra capilla de piedra para la comunión. Tras la ceremonia, las madres, con su señora Justine a la cabeza, nos comunicaron al resto la razón de la ausencia de nuestra prelada en las actividades matinales: «Un pequeño malestar, una fiebre pasajera», dijeron.

—La madre Greta y la madre Carmella están con ella —añadió Justine mientras con sus ojos negros barría la capilla de un lado a otro—, cuidando que no le falte ninguna atención. A fin de asegurar su descanso, se prohíbe la presencia de novicias y hermanas en el piso superior. Solo la hermana Letha, nuestra sanadora, tiene permiso para subir —sentí una legión de ojos girándose para recorrerme de arriba abajo—. Alcemos una plegaria por nuestra prelada.

Nos levantamos y la unión monótona de nuestras voces reverberó en la sala de piedra.

Tras el amén final, me sentí completamente sola, perdida en el pequeño revuelo que alzaron las novicias y el resto de hermanas a mi alrededor. Aquel murmullo banal no hizo más que acentuar mi temor hacia el horrible secreto: arriba, Oma Claudine yacía en colchón empapado de sangre.

—¿Qué te dije? —se jactó alguien a mi lado.

—Está bien, teníais razón. ¿Os hace eso sentir mejor?

La hermana Berniece frunció su prominente ceño y sus ojos verdes y vivos bucearon en mí.

—¿Te encuentras bien? No tienes buena fachada.

—He pasado una mala noche —aseveré—. La tormenta me mantuvo despierta hasta el amanecer.

La madre Justine dio la paz y fuimos hacia el salón a tomar el desayuno. Entre el susurro negro de los hábitos, Berniece me alcanzó y me dijo al oído:

—Pero la tormenta cesó antes de medianoche, hermana.

Y, adelantándose, me dejó sumida de nuevo en una espantosa galería de imágenes en las que Oma Claudine mostraba su rostro cadavérico. A mi alrededor, la charla ajena y liviana de las que creían que todo iba bien.

Logré sentirme un poco mejor durante el desayuno. El extenso salón, remachada su pared este por una serie de ventanales que daban a la mañana, trinaba con el murmullo de los platos y los vasos de barro. Desde un púlpito demasiado pequeño para su ancha constitución, la madre Velva leía las Santas Escrituras con voz honda y melodiosa. La madre Justine paseaba entre las mesas vigilando nuestro silencio. Aquella mañana —y doy gracias, pues en mi estado no hubiera sido capaz ni de servir la leche en los cuencos— la hermana Nellie se había encargado del desayuno. Este era, como todo en nuestra comunidad, humilde, pero el pan estaba caliente y crujía entre los dedos; y me hizo bien sentir algo sólido en el estómago.

Luego, como de costumbre, nos dividimos en grupos y repartimos las tareas conventuales. La hermana Nellie y yo, a cargo de cinco novicias, trabajaríamos en el huerto. Me alegré por ello; comer parecía haber restaurado mis fuerzas y el sol y el aire fresco aliviarían mis pensamientos.

La mañana tras la tormenta era tibia y soleada. Un cielo azul claro parecía dispuesto a redimirse de la noche anterior y al respirar se podía sentir la piel del rocío acariciándote por dentro.

Como un animalillo que tras el temporal sale temeroso de su madriguera, sentí un atisbo de esperanza. El nudo en mi

pecho pareció destensarse un poco. Dios es misericordioso, pensé, quizá Oma Claudine mejore con el tiempo. Motivada por aquel arrebató, arrimé el hombro de buena gana, arrancando las malas hierbas entre las tomateras y las plantas de patata. Nellie, con un mechón rojizo asomando entre los pliegues del hábito, se movía con gracia por el huerto, indicando a las novicias cómo debían hacer esta o aquella tarea. Era joven y poseía una belleza clara como la leche. Llevaba tres años entre nosotras... Su sonrisa me contagió aquella mañana.

«Puede que Dios salve a la prelada», me dije.

A media mañana sentí que mi cuerpo reclamaba un descanso. Cuando la hermana Nellie me preguntó, le comenté la mala noche que había pasado, eludiendo el tema de Claudine, por supuesto.

—No se preocupe, hermana —sus pequeños ojillos pestañearon con gracia—. Descanse un rato.

Me separé un poco del grupo y fui a sentarme en las lindes del huerto, bajo un grupo de olivos que unían sus ramas para formar un parapeto verde oscuro. Sentada en aquella pequeña loma que crecía al sur, podía divisar todo el convento: el largo edificio, gris y sobrio, con su fachada mellada por las ventanas. Justo enfrente, la hilera que formaban los establos y los talleres, y más allá, el almacén. De fondo, rodeándolo todo, el telón espeso del bosque.

Respiré hondo, casi tranquila, mientras observaba a las hermanas y las novicias desperdigadas por el terreno, ocupadas en los deberes diarios del convento. Bajo aquel sol brillante, la vida parecía latir con brío.

Un ruido a mi espalda; crujido lento, algo se arrastraba pesadamente. Me incorporé al tiempo que giraba sobre mis talones, con la sangre helada en las venas. De entre la arboleda emergía una pequeña figura que ascendió la loma con esfuerzo. Una niña, de no más de diez años, con el rostro tiznado y

las manos y las piernas llenas magulladuras. Su ropa era un amasijo de harapos grasientos. Tiraba de una pequeña carreta de dos ruedas. Al principio creí que transportaba un saco o algo similar, pero cuando estuvo a unos veinte pasos de mí, comprobé que era un niño lo que yacía en el carro. Parecía dormir, y al igual que la niña, presentaba esa mella que solo la guerra deja en las personas: una fachada completamente derrotada, el alma rota.

La sobrecogedora visión hizo que me temblaran las rodillas. Solo pude dar un grito de alarma mientras me apoyaba contra el olivo más cercano. Nellie y otro grupo de hermanas acudieron y rodearon a los niños.

La madre Ángela llegó corriendo.

Es lo último que vi antes de desvanecerme.

Los restos de piel serosa y blanda se arrugaban bajo las yemas de mis dedos. Me temblaban las manos. En la boca, que me salivaba de pura repugnancia, sentía el resabio de la hiel. Mientras extendía el unguento por el antebrazo, tenía la sensación de que restos de dermis se me quedarían en cualquier momento adheridos a las manos.

La respiración de Oma Claudine era un silbido ronco. Sobre la piel, calada de sudor y purulencia, las bocas de las heridas crecían ante mis ojos, hondando en el músculo.

El miasma de la carne corrupta flotaba en el ambiente, denso.

La madre Carmella trajinaba tras de mí, trataba de limpiar el jergón sobre el que yacía Oma Claudine. Evitando incluso rozar a la abadesa —su aspecto era tan frágil—, frotaba con un paño las zonas donde la sangre comenzaba a secarse.

—Debéis cuidaros, hermana Letha —aseveró la madre Justine desde una esquina de la habitación.

—Tenéis razón, madre.

—Recordad que nuestra prelada está a vuestro cuidado.

Sentí un ímpetu repentino. Pero, finalmente, me mordí la lengua. Haría lo que fuera por salvar a Oma Claudine, a pesar de que su aspecto... su olor, me advertían que todo era en vano.

—Sí, madre.

—¿Cómo están los niños?

Las madres estaban completamente volcadas con Oma Claudine, apenas se habían preocupado por los pequeños.

—Ella está bien, un poco débil. Y casi ni habla. El niño parece estar enfermo, madre.

—¿Se sabe ya de dónde son?

—No. La hermana Nellie está tratando de averiguarlo, parece que solo hablan con ella.

Seguí untando el vinagre sobre los brazos carcomidos de Oma Claudine. La madre Justine suspiró profundamente. Con un gesto indicó a la madre Carmella que abandonara la estancia.

Cerré el tarro de vinagre y me lavé las manos en la pila junto al camastro.

—Volveré al alba —me despedí.

En el momento en que salía de la habitación, me pareció oír un sollozo contenido. Giré inmediatamente.

—Por el amor del Cielo, ¿qué le está pasando a su piel? ¿Qué clase de mal es este?

Pude observar la mandíbula temblando bajo la flácida comisura de sus labios. Nunca había visto llorar a la madre Justine. Sentí un pellizco en el corazón, mas no pude añadir nada y creo que ella tampoco lo esperaba. Abandoné la habitación en silencio.

La madre Greta seguía en el pasillo, sentada frente a la puerta de Oma Claudine. Su rostro cetrino quedaba semioculto en la oquedad de la túnica.

—Madre —le dediqué una reverencia al cerrar la puerta.

No me devolvió el saludo, inmersa en una oración silenciosa. Solo cuando me alejé por el pasillo, la oí murmurar:

—El diablo se ha hecho con estas tierras...

La ausencia de la abadesa durante la cena pasó a un segundo plano, la llegada de los niños —quienes habían permanecido todo el día en el cuarto de la hermana Nellie—acaparó toda la atención. Desde que la guerra acabara, hace ya un año, eran muchos los refugiados que, en su largo camino de vuelta a casa, pasaban por nuestra abadía en busca de alimento y techo. Y aquellos niños, solos, sin padre ni madre que los protegieran, supusieron un gran impacto en la comunidad. Su estado era muy preocupante. Ambos estaban famélicos y el pequeño padecía una alta fiebre y apenas recuperaba el conocimiento para comer un poco y llorar.

Al concluir la cena y ayudar un poco en la cocina decidí pasar a hacerles una visita. Teníamos una estancia amplia con varios jergones para acoger a los refugiados. Sin embargo, a los niños les aterraba la idea de dormir solos, por lo que se convino que durmieran con la hermana Nellie a quien, desde un primer momento, le habían tomado especial cariño.

Con un tarro del vinagre bajo el brazo, llamé a la puerta.

—Pase —oí a la hermana Nellie.

Un candelabro de cuatro brazos llenaba de luz ambarina la habitación. El niño dormitaba en la cama, una pátina de sudor bruñía su rostro redondo. Nellie y la niña estaban sentadas en sendos taburetes a los pies de la cama. Tuve la sensación de interrumpir un diálogo significativo.

—Buenas noches, Letha —me saludó la hermana.

La niña, sin embargo, se quedó callada y me miró con sus dos grandes ojos azules. Los habían bañado, peinado y dado ropas limpias, pero seguían llevando la roña del desamparo en sus pieles. Recuerdo pensar si esa mugre de tristeza los abandonaría alguna vez.

Le mostré el tarro con el vinagre a Nellie, quien asintió con una sonrisa. Sin embargo, no se trataba del mohín sincero que me había regalado por la mañana. Fue aquella una sonrisa nerviosa, forzada.

Abrí el tarro y me acerqué a la cama para palpar la frente del pequeño; los rizos rubios, empapados de sudor, se le adherían a las sienas. A esa distancia pude apreciar unas pupas en los carrillos y el cuello del niño. Me extrañó. No me pareció verlas por la mañana, cuando llegaron. Dejando el tarro sobre la mesilla de noche, eché a un lado la sábana que cubría al pequeño, que se sacudió con un escalofrío febril, y le levanté la camisa de lino con la que lo habían vestido.

—Bendito sea el Cielo... —musité mientras me cubría la boca con ambas manos.

Sobre el pecho, sobre la barriguita hinchada del niño, se abrían heridas que crecían y cavaban en el cuerpecito con solo mirarlas.

—No... Dios mío.

La hermana Nellie me miraba con gesto tenso, toda su belleza juvenil desapareció bajo una sombra de incertidumbre.

Le dediqué un saludo a la niña cuando me dirigí a la puerta. Ella me siguió con la mirada, la barbilla tensa, los redondos mofletes rígidos.

La hermana Nellie me acompañó. Cuando salimos al pasillo cerró la puerta tras de sí y creí advertir que, antes de hablar, se aseguraba de que nadie nos oyese. Aunque puede que fueran imaginaciones mías.

—El niño tiene mucha fiebre —me dijo. En su mirada, bendita sea, se reflejaba la compasión y el dolor—. Y ya ha visto su... Dios mío, ¿qué le pasa? Esta mañana no tenía esas... heridas. Empezaron a aparecer hace unas horas... y no dejan de crecer.

—No creo que deban quedarse aquí mucho tiempo, hermana —atajé—. Necesitan ver a un médico. ¿Le ha dicho la niña de dónde son?

Asintió firmemente.

—No está ni a un día a caballo...

—Bien —continuó—. Por la mañana, con el beneplácito de la madre Justine, podríamos pedirle a Berniece que prepare el carro con un par de caballos para llevarlos a su pueblo y allí...

—Hermana Letha —me interrumpió, apremiante—, creo que no podemos.

—¿Cómo?

—Estos niños —se humedeció los labios— no son refugiados, hermana.

—¿Qué quiere decir? —Los ojos de Nellie eran dos lunas abiertas y blancas que, en la semioscuridad del pasillo, me aterraron.

—No regresaban a su pueblo. Huían de él... Ali, la niña, no ha querido contarme más, solo ha mencionado algo sobre... una plaga y que... todos en el pueblo... habían... Oh, Dios mío... —Se llevó las manos a la boca y las lágrimas le resbalaron sobre los escuetos nudillos—. Po... podríamos probar en cualquier otro pueblo...

—Escuche, hermana —la agarré firmemente de los hombros intentando que el terror no quebrase mi voz—. ¿Los ha visto alguien más?

—No...

—No diga nada. No deje que nadie vea a los niños. Se lo contaré a la madre Justine, ella sabrá qué hacer.

—Pero...

—La madre Justine lo querrá así. Confiemos en ella. No podemos dejar que el miedo nos ciegue.

Rompió a llorar y yo con ella. La abracé con fuerza, sabiendo que aquellas palabras no la consolarían.

Algo zumbó en mi pensamiento.

Sintiendo el calor de sus lágrimas en mi regazo, le pregunté:

—Hermana, ¿cómo le dijo la niña que se llamaba el pueblo?

No podía dejar de dar vueltas por mi habitación; un sudor frío descendía por mi espalda. No sabía cómo actuar y me horrorizaba el momento de volver al cuarto de Oma Claudine.

Afuera, el murmullo en el pasillo se apagaba conforme las hermanas y las novicias marchaban a sus habitaciones; el silencio se iba apoderando del convento con sus manos invisibles.

Una noche quieta y fría calaba el cristal de mi ventana.

Di un respingo al sentir unos golpes en la puerta.

Abrí lentamente y me asomé por la hendidura; el rostro grueso de la hermana Berniece, teñido por las sombras de su capucha, apareció al otro lado.

—Hola, hermana —dijo, y entró antes de que yo la invitara a pasar—. Dime qué está ocurriendo.

Tras echar una ojeada al oscuro pasillo, cerré delicadamente la puerta.

—¿A qué se refiere, Berniece?

—Acabo de hablar con Nellie. No me ha dejado ver a los niños, ni a mí ni a nadie. ¿Es cosa de las madres?

Guardé silencio. Tenía que informar a la madre Justine antes de hacer pública la epidemia... Estaba tan asustada.

—Por favor, Letha. ¿Qué se traen entre manos las madres? ¿Qué le ocurre a la abadesa?

La figura de Berniece se alzaba en el centro de la habitación. Sus ojos se me clavaban. Tuve que sentarme sobre el colchón; no podía mantener aquella mirada.

—Ya lo sabe. La abadesa está enferma. Las madres cuidan de ella. Y yo ayudo.

—Ya sé que está enferma, pero... ¿una fiebre leve? ¿Vinagre de los Cuatro Ladrones en plena madrugada por una fiebre leve?

—Yo...

—¿Y por qué no nos dejan verla? ¿Por qué está cerrada la segunda planta?

—Oma Claudine necesita descansar, las madres no creen que...

—¿Por qué la madre Greta custodia su puerta? —inquirió. Tenía los puños cerrados y las mejillas arrojadas; Berniece era conocida por su nobleza y la enfermaba que le mintieran. Sus ojos verdes refulgían a la luz de las velas.

—Ha... ha subido...

—No he podido acercarme lo suficiente —de repente, su cuerpo entero se destensó—. La madre Greta me habría escu-

chado... y ya sabes lo que supondría otro enfrentamiento con la madre Justine.

—Sería usted expulsada.

—¡Pero sé que algo ocurre! —Sus ojos volvieron a encenderse. Se acercó hasta colocarse justo frente a mí—. Te he observado durante todo el día. Andas con la mirada perdida, como si algo te estuviese comiendo los sesos, hermana. Y te desmayaste de puro cansancio cuando llegaron los niños...

—No dormí bien anoche.

—Y los niños, ¿qué padecen?

—Están bien.

Me agarró la barbilla y me obligó a alzar la vista y mirarla a los ojos.

—Letha, no soy estúpida. Por aquí han pasado gentes con mutilaciones terribles, extremidades gangrenadas. Has visto muchos horrores y nunca te había visto tan afectada. ¿Qué ocurre allí arriba? —Hizo un ademán con la cabeza, señalando hacia el techo.

Estaba completamente aterrorizada y supe que ella podía leerlo en mi tez. Los ojos me ardieron y creí que me desbordarían las lágrimas. Quería contarle toda la verdad sobre la extraña enfermedad que devoraba el cuerpo de Oma Claudine. Quería decirle que mis temores crecían a cada minuto, más aun después de hablar con la hermana Nellie... Que quizá los niños... Pero no podía, sabía —o por lo menos me obligaba a creer— que había una razón por la que Justine mantenía aquel terrible secreto, que lo hacía para que no cundiera el pánico. Y contaba conmigo y con mi palabra. No podía. No.

—No —susurré, negando con la cabeza, apretando fuerte los labios, tragándome el llanto correoso que me ahogaba—. No.

Berniece me soltó la barbilla, con cierto desdén despectivo. Mi mentira le dolía mucho más que la de las madres.

—Quizá puedan engañar a las demás. Pero no a mí. —Desde lo alto, me observó con triste postergación—. Espero estar

equivocándome y que tú estés en lo cierto, hermana. De verdad que lo espero.

Berniece ya encaraba en la puerta cuando le susurré:

—Hermana, acompáñeme... por favor.

—¿No lo comprende, madre? —le rogué—. Esos niños son del mismo pueblo que la abadesa visitó hace cuatro días y el niño presenta los mismos síntomas. La niña se lo dijo a la hermana Nellie, que todo el pueblo ha sucumbido a la enfermedad.

Berniece, a mi lado, rezongó; había permanecido en silencio mientras escuchaba nuestras confesiones. Las velas del candelabro que portaba parpadearon sobre las paredes de la habitación.

Frente a nosotras, la madre Justine escuchaba mis palabras con rostro sereno. Parecía no importarle que la hermana Berniece conociera la verdad.

—Ese mal podría ser contagioso... Estamos todas en...

—La prelada Oma Claudine ha muerto —atajó, severa.

El silencio que siguió fue tan oscuro que podía oírse el crepitar del sebo en las velas.

—¿Cuándo? —aventuré.

—Hace menos de una hora. Durante la cena.

Me persigné. En mi mente apareció el niño postrado en una cama del piso inferior; vi su carita, la piel en su pecho desgarrada e infestada por las pústulas. Me persigue.

—Entonces, ¿los niños...? —aventuró Berniece, removiéndose inquieta. Fueron sus primeras palabras en toda la conversación.

—Solo podemos rezar por su alma.

Supé que tenía razón. Había visto la corrupción avanzar inexorablemente por el cuerpo de Oma Claudine y consumirle la vida en menos de dos días. El niño aguantaría incluso menos.

Callamos.

De repente, un grito sesgó la noche.

—¡Milagro! ¡Dios bendito, milagro!

Nos miramos de hito en hito y salimos de la estancia.

El largo pasillo se hallaba sumido en una penumbra mordisqueada por las auras amarillentas de los cirios en las paredes. Una a una se fueron abriendo las habitaciones de las madres. Carmella, Ethel, Velva... todas salieron al pasillo con la sorpresa tan marcada en su rostro como en el nuestro.

—¡Milagro!

Al final del corredor, vimos a la madre Greta. La silla de la que apenas se había movido en dos días yacía tirada en el suelo. Los ojos muertos abiertos de par en par eran dos perlas blancas y brillantes.

—¡Hermanas, milagro!

Avanzaba hacia nosotras, encadenando lentamente un paso con otro. Agitando un brazo en alto, mientras con el otro golpeaba nerviosamente el suelo con su bastón.

—¡Vive, Oma Claudine vive!

—Hubo un murmullo colectivo. La madre Justine se abrió paso entre todas y avanzó lentamente.

—Alabado sea Dios —comenzó a clamar el pasillo.

Un quejido oxidado acalló todo sonido. Tras Greta, la puerta de Oma Claudine comenzó a abrirse. Varias madres se arrodillaron ante el terrible milagro.

Muy lentamente, como movida por unos hilos invisibles e inestables, Oma Claudine salió de la habitación. Era una pesadilla andante. La piel había perdido todo su color y colgaba en gangrenosos jirones. Del pelo apenas quedaban briznas grisáceas. En algunas zonas se atisbaba el blancor de los huesos. Dos ojos sin párpados que los recubriesen se hundían en cuencas negras.

—Santo Dios... —Sentí el susurro de Berniece cerca del cuello, entrecortado el aliento.

De lo que sucedió después solo conservo imágenes inconexas. Se escuchó un alarido desgarrado que cesó en seco.

Oma Claudine agarraba el rostro ciego de la madre Greta y se abalanzaba sobre ella.

Todas gritaron. Una pequeña fuente magenta tiñendo el hábito y las paredes... Dios mío... Oma Claudine... Aquella cosa estaba mordiendo a la madre Greta. Le arrancaba pedazos de cara, le desgarraba el cuello. Luego se abalanzó sobre la madre Justine, que no tuvo tiempo de girarse y huir. La sangre corrió por el suelo, colándose por las rendijas de la madera.

Sentí un empujón, dos, tres... Caí al suelo de rodillas.

Todas corrían aterradas.

Alguien tropezó contra un candelabro y las velas prendieron un hábito.

Una madre rodó por el suelo, tratando de desnudarse mientras se convertía en una bola de fuego.

El hedor a carne chamuscada lo impregnó todo en un segundo.

Yo era incapaz oír nada más allá de los gritos y el caos.

Una mano me agarró del brazo y tiró de mí.

—Vamos, ¡corre! —aulló Berniece.

Escaleras abajo, corrimos. Alguien cayó por los escalones y el resto pasamos por encima. Recuerdo pisar una mano, sentir la crujir bajo mi planta.

En el pasillo inferior, hermanas y novicias se asomaban a sus puertas.

—¡Corred! —se escuchó por encima de los gritos—. ¡Corred por vuestra vida!

—¡El diablo está entre nosotras! ¡El diablo está entre nosotras!

Una idea relampagueó en mi cabeza.

—¡Nellie! —grité a Berniece, que seguía tirando de mí sin mirar atrás—. ¡Nellie!

Berniece me miró como si no habláramos el mismo idioma.

—¡Nellie! —le repetí—. ¡El niño!

Corrimos hacia el cuarto de la hermana mientras a nuestro alrededor el pánico explotaba y se extendía como un río de

histeria. Gritos y mujeres corriendo, cayendo y arrastrándose. Apartando a quien se pusiera en su camino.

En un instante fatídico, osé mirar por encima del hombro. Nunca podré olvidar lo que vi: el infierno en la Tierra.

Por la escalera en llamas descendía Oma Claudine y tras ella, más ágiles y rápidas, bajaban tres madres muertas.

A Justine le faltaba la mitad del rostro y tenía el cuello torcido en una posición antinatural.

Aquellos monstruos agarraban a las hermanas, las tiraban al suelo y masticaban sus ropas y su carne. Hincaban sus dedos en las entrañas de las víctimas.

Berniece arremetió contra una puerta, la puerta de Nellie. El tablón de madera se desprendió de sus bisagras y cayó al suelo con un estruendo. El interior estaba a oscuras.

—¡Santo Dios, no! —gritó sin entrar en la habitación—. ¡Maldito Satanás!

La vi lanzando una patada hacia la oscuridad del cuarto y dar media vuelta.

—¡Qué ocurre! —Traté de entrar, pero Berniece me levantó en peso y me apartó de una embestida—. ¡Corre, están muertas! ¡Corre!

En aquel momento fui consciente de que ambas estábamos llorando, las frentes partidas por el dolor. Las caras empapadas de miedo.

El engendro infernal en el que se había convertido el niño apareció entre las sombras del umbral y se colgó del cuello de Berniece. Dos dentelladas atravesaron el hábito al nivel del hombro. Berniece pudo voltear al pequeño monstruo sobre su cabeza y lanzarlo a un lado, donde enseguida se ensañó con otra hermana.

Mi mente esclarecida pulsaba gritos incomprensibles.

Obligué a Berniece a apoyarse sobre mi espalda y corrimos hacia la puerta principal.

La quietud de la noche amplificaba los chillidos y los sonidos de una muerte horrible que manaban del convento. Tras algunas

ventanas del piso superior asomaba el fulgor amarillo de las llamas. El edificio comenzaba a arder.

Las mujeres eran ráfagas en camisón blanco que corrían descalzas con un monstruo dándoles caza. No sé... por lo más sagrado, no sé cómo ocurrió, pero eran cada vez más. Hermanas y novicias caían al suelo entre espasmos agónicos para levantarse inmediatamente, con los ojos encendidos de hambre.

Tiré con todas mis fuerzas de Berniece, pero a cada paso sentía cómo su cuerpo perdía rigidez. Caímos al suelo a las puertas del establo. Intenté volver a levantarla; me fue imposible.

—Vete... —balbuceó en mi regazo. Los latidos, cada vez más débiles, de su corazón tremolaban en su voz—. Vete.

—Lo siento, lo siento... perdóname... —lloré mientras depositaba un beso en su frente.

La dejé en el suelo cuando sus ojos verdes se apagaron.

Entré al establo, los caballos bramaban alarmados por la cruenta algarabía de fuera.

Recuerdo montar, salir al galope del establo.

Berniece... No. Ya no era Berniece. El diablo que animó su cadáver me persiguió hasta que me perdí en el bosque.

Durante mi huida, pude ver una cosa más, una imagen que me llevaré a la tumba... La del convento, recortado contra el cielo negro de la noche, escupiendo fuego y humo por las ventanas rotas. Y siluetas a contraluz emergiendo de las llamas, devorando a las que aún luchaban por salvarse, corriendo hacia el bosque con la ropa y el cuerpo deshechos.

Tal y como me han pedido, les he narrado la historia con todo lo que soy capaz de evocar. No puedo darles más detalles... ¡Por el amor de Dios!, ¿qué esperan? ¡Aquella noche vi morir a mis hermanas de la manera más terrible!

No se equivoquen, doy gracias al Cielo, si no me hubieran encontrado no habría podido sobrevivir otro día en el bosque.

Pero no es suficiente, ¡no es suficiente!

Tenemos que avisar a todos, a los pueblos vecinos... ¡al soberano! Debemos advertirles del mal que se propaga por la Tierra. Tenemos que dar la alarma... Pues si lo que contó la niña era cierto —oh, Nellie— hay un pueblo entero afectado, lleno de esas cosas... y no sé lo que tardarán en llegar aquí, en extenderse por todo el país... Cielos, es posible que ni Dios lo sepa...